



Miguel Angel ASTURIAS, Guatemala, 1968

Escritor y diplomático guatemalteco (1889-1974). Premio Nobel de Literatura y Premio Lenin de la Paz. Perteneciente al “Boom Latinoamericano” logró hermanar armoniosamente lo mítico-maravilloso en su literatura. Su producción teatral es poco conocida y trata más o menos los mismos temas, como Chantaje o dique seco, ambas de 1964.

“Donde teatro hubo, palabras quedan”. Quedan las palabras del coloquio del hombre con los dioses, del hombre con el pueblo y con el hombre. Las palabras del diálogo inmortal. El hablar de los siglos vuelve a ser en el teatro, después de tantos y tantos avatares, el medio de comunicación más humano, más directo, más eficaz y útil con las masas.

Liturgia, acto de fe, génesis de la creación, género literario, todo fue y es el teatro; para aquel, charlatanería y engaño; para este, camino de perfeccionamiento de costumbres; magia, realidad y sueño, para todos.

Hombres de culturas que resucitan, culturas con milenaria tradición teatral, como la cultura maya de Guatemala, evocó, no a la imagen de los filos de obsidiana trasplantando corazones hacia el Sol, sino los momentos de las grandes representaciones del teatro heroico, las danzas de la pluma, el cascabel y el humo que la eternidad fotográfico en piedra, y los “mitotes” alucinantes de pueblos enteros que bailaban días y semanas, hasta caer desechos de sueño.

Es desde ese mundo que me atrevo, hombre de otros soles, ha dirigir mi voz a los creadores, sostenedores y espectadores del milagro escénico, invitándoles a que se den la mano para formar no cadenas, sino puentes de entendimiento.

En los cuatro ámbitos del planeta, gente de teatro, de todos los teatros, borran en estos instantes las fronteras, olvidan nacionalidad, raza, creencias, y aún voluntades a favor de la paz, como suprema y única exigencia en esta hora de conflictos sin precedentes.

Esta Séptima Jornada Mundial del Teatro, en el año Jubilar de los Derechos del Hombre, debe movilizar todas las conciencias contra los que proclaman como necesidad inherente a nuestra especie la destrucción del hombre por el hombre, en guerras chinescas, genocidios y en esa otra forma de asfixia económica que diezma la población humana.

Ninguna candileja apagada. Todas las luces del teatro del mundo encendidas como estrellas a cuyo resplandor se plantean y discuten los problemas del hombre en todos los idiomas, latitudes y escenarios, sin olvidar el problema capital de la supervivencia de nuestra cultura, frente a los pavoroso arsenales de bombas atómicas.

Mientras esta amenaza exista, nuestro planeta es habitación insegura, y mi voz de alarma, sin interrumpir el convivio del Instituto Internacional del Teatro que hoy celebramos en el mundo entero, a de servir para que por la acción de todos evitemos que la tierra se convierta en sepultura y figure sobre nuestro universo el epitafio de “La Commedia e finita”.